AFP

50 AÑOS DE CHINA COMUNISTA

De Mao al mercado

Por Alfredo Grieco y Bavio

El comunismo chino nació bajo un signo desconcertante: la independencia. En su llegada al poder, fue independiente respecto de la política oficial de Moscú. Cincuenta años después, con un crecimiento económico pornográfico que se acercó a los dos dígitos, su independencia se mide respecto de un capitalismo "anglosajón" que a la vez celebra, teme, envidia y condena a China. Cuando en 1949 el Ejército Popular de Liberación entró en Pekín, y el 1º de octubre proclamó la República Popular China, el proceso de industrialización y la "sovietización" de la economía que siguieron se llevaron a cabo sin eliminar el campesinado, tal como se había proyectado en la URSS.

El comunismo chino consiguió evitar, hasta mediados de la década de 1950, las divisiones en el interior del régimen. La situación se alteró para siempre en 1955, cuando Mao Tsé Tung empezó a instalar su unicato en la cúpula del poder, con la consigna de "Construir el Socialismo" y con el proyecto ya de una profunda "Revolución Cultural". El título de "revolución cultural" resulta paradójico. El proceso no fue *revolucionario*: su finalidad no era, como había proclamado, una reforma profunda de la economía, sino un cambio en la elite. Tampoco *cultural*: fue un sistema totalitario, basado sobre la mentira, las delaciones y la represión.

Juegos florales

En momentos en que la URSS, luego de la muerte de Stalin en 1953 y bajo el mando de Kruschev, comenzó a aproximarse a Occidente, Mao propuso, súbitamente, un retorno al estalinismo, como modelo ortodoxo y único camino hacia la liberación de las masas. Apoyado por altos representantes de las Fuerzas Armadas, desplazó a los líderes "prosoviéticos", convertidos ahora en "revisionistas", y estableció una serie de medidas con el fin de transformar profundamente la política china. El ejército sigue siendo, aun en el horizonte del 2000, la base más inconmovible del poder estatal, y sus privilegios los más difíciles de atenuar a la hora de conseguir una competitividad máxima para la economía china.

La primera de las nuevas medidas estalinistas –esta revolución dentro de la revolución– fue la Campaña de Colectivización, entre 1955-1956, con costos sociales monstruosos. El relativo fracaso del programa llevó a una relativa –y muy breve– liberalización de la economía. El 27 de abril de 1957, Mao reaccionó contra el incipiente liberalismo. Su reacción adoptó una forma de resonancias militares, que ya le era clásica: lanzó una campaña. La nueva tuvo por lema "que cien flores se dispersen, que cien escuelas rivalicen".

Hace hoy 50 años se proclamaba la República Popular China. En este suplemento especial, la crónica y el debate, ayer y hoy, sobre una historia estremecedora.

Los estudiantes universitarios, incitados por esta política de juegos florales, se lanzaron a la rebelión, en lo que se llamó "la Campaña de las Cien Flores". A tal punto llegó la excitación, que sus acciones se volvieron entonces incontrolables para el régimen, que consiguió disciplinarlos sólo con máximas dificultades. Y es entonces que Mao, el 9 de junio, decidió reprimir a esos estudiantes a los que él mismo había incitado, revelando que eran "derechistas" y enemigos del sistema.

Gran salto al vacío

Como un modo de superar el fracaso de esta campaña, Mao atacó nuevamente con un proyecto todavía más ambicioso: un gigantesco proyecto de planificación económica, la creación de comunas populares, y el establecimiento de grupos agrarios cuyas ganancias se repartieran según criterios inmaculadamente igualitarios. El "Gran Salto Hacia Adelante" –así se denominó el programa, nuevo una vez más– fue impuesto en mayo de 1958, luego de la 2ª sesión del VII Congreso del Partido Comunista Chino;sus resultados fueron catastróficos. Como efecto de las inclemencias climáticas y de la inoperancia técnica, la producción de cereales resultó más paupérrima que nunca; el gobierno se vio en la inmediata necesidad de importar alimentos. Las grandes ciudades consiguieron, arduamente, sobrevivir la crisis, pero en las zonas más alejadas el auxilio estatal tenía menos urgencia por llegar, y se calculan entre 15 y 30 millones los muertos por inanición. Los efectos de esta verdadera masacre se frenaron sólo a partir de 1962, cuando el régimen consiguió un conocimiento más efectivo de esa economía que decía controlar.

Al mismo tiempo, Mao buscó reformar profundamente la vida cultural china. Por un lado, logró exacerbar todas las tendencias nacionalistas y xenófobas que permanecían en estado latente, inició una campaña antioccidentalista, e hizo del "fantasma occidental" una excusa para reforzar y reorganizar el Ejército Rojo. Es a partir de este momento que Mao dirigió una nueva ofensiva. Empleando la guerra de Vietnam como excusa, encendió los ánimos en favor del ejército, estructurado de acuerdo con sus muy personales criterios. Conseguido el apoyo necesario, se entregó a la tarea de transformar la cúpula del partido. *(Sigue en la contratapa de este suplemento)*



EL ARGENTINO BERNARDO KORDON CON MAO TSE TUNG

Diálogo en Ciudad Prohibida

Por Bernardo Kordon

El maoísmo ejerció una profunda influencia en la intelectualidad argentina. Aquí, dos reportajes a Mao (de 1962 y 1968) por el novelista argentino Bernardo Kordon, autor de clásicos como "Alias Gardelito" y uno de los más frecuentes viajeros a la China del Gran Timonel.



Mao Tsé Tung en los comienzos del Salto Adelante.
Una revolución que encendió pasiones en todo el mundo.

En toda China, y muy especialmente en Pekín, el continente nunca guarda relación con el contenido. Los modestos muros grises de Pekín suelen esconder fabulosos jardines, amplios pabellones, templos valiosos, o la sucesión de pobladísimos patios. Esta vez se trata del muro de la antigua Ciudad Prohibida: nos reserva la sorpresa de un lago bordeado de parques en el corazón de Pekín. En la curva opuesta del lago se divisa un típico pabellón chino, una dependencia del vecino Palacio de Invierno. El pabellón se ve minúsculo e irreal, silueta temblequeando en la superficie bruñida del lago Nanhai. Más lejos surgen las moles blancas de los altos edificios de la Nueva Pekín.

Avanza hacia nosotros un hombre alto. Resalta su frente despejada, y la mirada vivaz, curiosa antes que nada, sorprendentemente chispeante en el apacible rostro maduro: Mao Tsé Tung nos conduce hasta un salón vecino, y yo trato de inventariar ese ambiente extraño y claro a la vez, algo de refinamiento y mucha austeridad. Hay taquígrafas, intérpretes, fotógrafos. Todos parecen deslizarse con esa silenciosa eficacia china, que aumenta la extrañeza de ese ambiente: una dependencia del Palacio Imperial convertida en comando revolucionario. Mi anfitrión ha seguido mi mirada y parece interpretarla:

–Esto fue construido por la Dinastía Ching –me dice Mao Tsé Tung. No es un edificio muy práctico, pero debemos aprovecharlo. ¿Conoce usted la muralla de Pekín? Ya no presta ningún servicio de protección. Dificulta el tráfico, aísla partes de la ciudad. Habrá que demoler esa muralla, pero también debemos conservar algunas de sus puertas por el valor artístico.

> **Poeta:** ***En ningún momento escucho el monólogo discursivo del político profesional, sino que es siempre la charla intimista del poeta, que deja pasear la mirada.***

En su conversación lenta y fluida se evidencian el espíritu receptivo y el estilo del hombre. Absolutamente nada del orador corriente. En ningún momento escucho el monólogo discursivo del político profesional, sino que es siempre la charla intimista del poeta, que deja pasear la mirada alrededor y se refiere a hechos cotidianos para sugerir problemas fundamentales.

Mao Tsé Tung viste su sobrio uniforme, sin la sombra del cintillo de cualquier condecoración. Del mismo modo viste Chu Tu Nan (presidente de la Asociación de Amistad chino-latinoamericana) y otros funcionarios presentes. Bebemos té verde aromatizado con jazmín, el mismo que me han servido en toda visita cumplida a través de diez mil kilómetros por territorio chino. El presidente Mao se interesó en conocer el recorrido de mi viaje. Por eso se refirió a la muralla y al palacio: las transformaciones de China deben operarse partiendo de realidades concretas, no siempre halagüeñas.

–China todavía es un país relativamente atrasado, que pasa por muchas dificultades –dice Mao Tsé Tung–. Hemos superado muchos obstáculos y obtuvimos ciertos progresos. Necesitamos la ayuda de algunos países. Nunca debemos olvidar que la causa revolucionaria es una causa conjunta. Las revoluciones se apoyan unas con otras. Si ustedes, los latinoamericanos, se liberaran del imperialismo, eso constituiría una ayuda para nosotros. ¿Acaso Cuba no ha logrado un triunfo? El triunfo de Cuba ha brindado una enorme ayuda a la causa antiimperialista de todo el mundo. En su conjunto consideramos muy importante todas las luchas que se desarrollan en América latina. ¿Ustedes no hay apoyado a Cuba? El pueblo cubano es valiente y combativo. Sus dirigentes son muy eficaces. Con ellos nos entendemos muy bien. Lo mismo sucede con otros latinoamericanos.

–No hay algunos hombres que dirigen la política china –puntualiza–. Nosotros nos regimos por una dirección colectiva. Hay un comité central del partido, pero cada provincia y cada distrito tienen sus comités respectivos. Bien podemos decir que ahora el pueblo está organizado. El pueblo tiene sus sindicatos, la comuna popular, su partido y también su gobierno. Y su ejército. Tomemos, por ejemplo, nuestro ejército. El Ejército Popular de Liberación ha nacido del pueblo y sigue identificándose con el pueblo. ¿Ha visitado nuestro ejército? Es una lástima que no lo haya hecho. Hay unidad, hay amor entre el ejército y el pueblo. Antes era todo lo contrario. El ejército era temido, igual que la policía. Eso, que parecía ser su fuerza, constituía en realidad su debilidad.

> **Sobrio:** ***Mao Tsé Tung viste su sobrio uniforme, sin la sombra del cintillo de cualquier condecoración. Del mismo modo visten Chu Tu Nan y otros presentes.***

Sonríe en dirección a su amigo Chu Tu Nan que fue dirigente de un partido democrático en la vieja China.

–Aun gente como nosotros temíamos mucho. Caer preso significaba la muerte. Hace sólo trece años atrás, Pekín era rigurosamente controlada por la reacción. Entonces no podíamos ni asomarnos en esta ciudad. El ejército del Kuomintang no trataba amistosamente a ningún antiimperialista: los aniquilaba implacablemente sin importarle si eran comunistas o no. Era un ejército para defender los intereses del imperialismo, de los "compradores" y de los terratenientes. Eran opresores del pueblo. Después de la liberación todo cambió. No importa qué imperialismo, digamos el mayor, el imperialismo yanqui, solamente puede cometer fechorías en Taiwan, pero nada puede hacer en Pekín, ni en Shanghai o Nankín. Tal como en la época de la dictadura de Batista en Cuba, los capitalistas norteamericanos tenían mucha fuerza en China y ahora no tienen ninguna. Usted debe visitar Cuba. Allí hay experiencias directas para los latinoamericanos. Tengo entrevistas con muchos africanos que no conocen Argelia y les aconsejo que vayan a conocer Argelia.

En lengua poemática china se confrontan siempre las imágenes complementarias u opuestas. Mao Tsé Tung terminaba de referirse al largo tiempo de la lucha revolucionaria en China y al breve período transcurrido para su transformación. La mención del palacio donde nos encontrábamos resulta muy ilustrativa: un palacio de sólo 50 años es casi moderno en Occidente, aquí en China resultaba sumamente anticuado por el peso absorbente de las tradiciones feudales.

Seis años después

Por B. K.

¿Conoce la muralla de Pekín? –me preguntó Mao Tsé Tung con su habitual tono coloquial. Seguramente era un tema que lo preocupaba en esos días, ya que volvió a él varias veces. Seis años después, esa muralla ya no existe. Su demolición ha dejado un hueco de aproximadamente cien metros de ancho. Actualmente se construye allí el Metro de Pekín.

¿Ha visitado nuestro ejército? Al obtener la respuesta negativa, Mao Tsé Tung giró su mirada, ampliando así la consulta a todos los que lo rodeaban. **"Es una lástima que no lo haya hecho."** El dejo de reproche no era impugnable a mí, sino a quienes habían orientado mis pasos. Me preguntó cuándo partía de China; le contesté que al día siguiente. Entonces me dijo que tenía que volver a China para conocer el ejército. En realidad tuve que volver a China en plena Revolución Cultural para visitar una unidad del Ejército Popular de Liberación. ¿Fue casualidad que muy pocos visitantes de China conocieron antes al ejército? ¿Fue casualidad que debieron transcurrir casi dos años de Revolución Cultural para que recién se editara en lenguas extranjeras su *Selección de Escritos Militares*? El pensamiento y la acción del presidente Mao se vinculó siempre a la organización y orientación del ejército que creó personalmente y en quien depositó y sigue depositando su mayor confianza para toda función política e ideológica. Cabe señalar que el librito rojo de *Citas del Presidente Mao* (principal instrumento ideológico de la actual Revolución Cultural) fue creado por el ejército para el adoctrinamiento político de tropas y milicianos. Nada casual pues que, en esta entrevista, el primer elogio que expuso el presidente Mao correspondió al Ejército Popular de Liberación.

El sistema que se proponía a sí mismo como ejemplo y recomendaba a los negros americanos llevar adelante la revolución consiguió durante estos años, gracias a las mentiras de la propaganda, fascinar a la crédula intelectualidad rebelde: el país que reprimía el pensamiento deleitaba a los jóvenes universitarios de Columbia y de la Sorbonne. El maoísmo contribuyó en Francia a la formación de la "izquierda proletaria", grupo que no cesó de crecer durante los años sesenta, a pesar de los ataques de un gobierno cada vez más derechista. La "izquierda proletaria" obtuvo además el apoyo de figuras de primer orden, como Sartre, Simone de Beauvoir, Benny Lévy; y fundó un periódico hoy casi legendario, *La causa del pueblo*. También algunos estructuralistas como Roland Barthes se mostraron especialmente simpáticos hacia la "revolución" de Mao, y el maoísmo, junto con la Revolución Cubana y la figura del Che, fue un modelo para los movimientos estudiantiles del Mayo Francés.

También en la Argentina ha tenido el maoísmo sus exponentes. A instancias del novelista Bernardo Kordon, se organizó una Asociación de Amigos del Pueblo Chino, a la que se adhirieron figuras como Juan José Sebreli y el crítico literario Jorge Lafforgue; también dedicaron esfuerzos al maoísmo los narradores Ricardo Piglia y César Aira, así como el actual funcionario menemista Alieto Guadagni. El "viaje a China" fue un hito central en el itinerario de estos intelectuales. Carlos Astrada, ex ultraderechista, profesor universitario de filosofía durante el peronismo y autor luego de conocidos libros de crítica marxista, relató en términos entusiastas la impresión que le produjo el régimen de Mao, e incitó a los jóvenes argentinos a la rebelión:

"Quizá para las juventudes –el poder estudiantil– no ha pasado el momento de romper vidrios y escaparates, como expresión de su justa rebeldía; pero para el líder del movimiento histórico del presente, no ha declinado, en su histórico cenit, la tarea de pulir cristales, como el ya famoso de la "gran marcha" y ahora, el de la Revolución Cultural, cuyas facetas están marcando nítido el meridiano del mundo. La aguja imantada de la brújula señala hoy el verdadero rumbo: Oriente."

En algunos casos, el interés fue pasajero: así ocurrió con Sebreli años después de su "viaje" ("En China el ritual llegaba hasta lo grotesco. En los restaurantes aparecía el chef y explicaba que los platos eran sabrosos porque se habían seguido los consejos del presidente Mao."); en otros el amor por China persistió durante largo tiempo; en todo caso, durante los sesenta se alcanzó el punto más alto de apoyo por la metodología maoísta.

OPINION

Por Beatriz Sarlo

Creímos que era el socialismo s autoritarismo de la Unión Sov movimiento de movilización aut tradicional. Mao hablaba a millo jóvenes izquierdistas occidentale dando la clave del socialismo y c relación entre intelectuales y pue marxismo en una filosofía para n estábamos equivocados: Mao ha líder autoritario y populista. Lejo intelectuales y pueblo, encabezó disidentes. Quizá lo único que p todas las garantías y derechos, la más de comida a millones de ca

EL ARGENTINO BERNARDO KORDON CON MAO TSE TUNG

Diálogo en Ciudad Prohibida

El maoísmo ejerció una profunda influencia en la intelectualidad argentina. Aquí, dos reportajes a Mao (de 1962 y 1968) por el novelista argentino Bernardo Kordon, autor de clásicos como "Alias Gardelito" y uno de los más frecuentes viajeros a la China del Gran Timonel.

Por Bernardo Kordon

En toda China, y muy especialmente en Pekín, el continente nunca guarda relación con el contenido. Los modestos muros grises de Pekín suelen esconder fabulosos jardines, amplios pabellones, templos valiosos, o la sucesión de pobladísimos patios. Esta vez se trata del muro de la antigua Ciudad Prohibida: nos reserva la sorpresa de un lago bordeado de parques en el corazón de Pekín. En la curva opuesta del lago se divisa un típico pabellón chino, una dependencia del vecino Palacio de Invierno. El pabellón se ve minúsculo e irreal, silueta temblequeando en la superficie bruñida del lago Nanhai. Más lejos surgen las moles blancas de los altos edificios de la Nueva Pekín.

Avanza hacia nosotros un hombre alto. Resalta su frente despejada, y la mirada vivaz, curiosa antes que nada, sorprendentemente chispeante en el apacible rostro maduro: Mao Tsé Tung nos conduce hasta un salón vecino, y yo trato de inventariar ese ambiente extraño y claro a la vez, algo de refinamiento y mucha austeridad. Hay taquígrafas, intérpretes, fotógrafos. Todos parecen deslizarse con esa silenciosa eficacia china, que aumenta la extrañeza de ese ambiente: una dependencia del Palacio Imperial convertida en comando revolucionario. Mi anfitrión ha seguido mi mirada y parece interpretarla:

–Esto fue construido por la Dinastía Ching –me dice Mao Tsé Tung. No es un edificio muy práctico, pero debemos aprovecharlo. ¿Conoce usted la muralla de Pekín? Ya no presta ningún servicio de protección. Dificulta el tráfico, aísla partes de la ciudad. Habrá que demoler esa muralla, pero también debemos conservar algunas de sus puertas por el valor artístico.

> **Poeta:** ***En ningún momento escucho el monólogo discursivo del político profesional, sino que es siempre la charla intimista del poeta, que deja pasear la mirada.***

En su conversación lenta y fluida se evidencian el espíritu receptivo y el estilo del hombre. Absolutamente nada del orador corriente. En ningún momento escucho el monólogo discursivo del político profesional, sino que es siempre la charla intimista del poeta, que deja pasear la mirada alrededor y se refiere a hechos cotidianos para sugerir problemas fundamentales.

Mao Tsé Tung viste su sobrio uniforme, sin la sombra del cintillo de cualquier condecoración. Del mismo modo viste Chu Tu Nan (presidente de la Asociación de Amistad chino-latinoamericana) y otros funcionarios presentes. Bebemos té verde aromatizado con jazmín, el mismo que me han servido en toda visita cumplida a través de diez mil kilómetros por territorio chino. El presidente Mao se interesó en conocer el recorrido de mi viaje. Por eso se refirió a la muralla y al palacio: las transformaciones de China deben operarse partiendo de realidades concretas, no siempre halagüeñas.



Mao Tsé Tung en los comienzos del Salto Adelante.
Una revolución que encendió pasiones en todo el mundo.

–China todavía es un país relativamente atrasado, que pasa por muchas dificultades –dice Mao Tsé Tung–. Hemos superado muchos obstáculos y obtuvimos ciertos progresos. Necesitamos la ayuda de algunos países. Nunca debemos olvidar que la causa revolucionaria es una causa conjunta. Las revoluciones se apoyan unas con otras. Si ustedes, los latinoamericanos, se liberaran del imperialismo, eso constituiría una ayuda para nosotros. ¿Acaso Cuba no ha logrado un triunfo? El triunfo de Cuba ha brindado una enorme ayuda a la causa antiimperialista de todo el mundo. En su conjunto consideramos muy importante todas las luchas que se desarrollan en América latina. ¿Ustedes no hay apoyado a Cuba? El pueblo cubano es valiente y combativo. Sus dirigentes son muy eficaces. Con ellos nos entendemos muy bien. Lo mismo sucede con otros latinoamericanos.

–No hay algunos hombres que dirigen la política china –puntualiza–. Nosotros nos regimos por una dirección colectiva. Hay un comité central del partido, pero cada provincia y cada distrito tienen sus comités respectivos. Bien podemos decir que ahora el pueblo está organizado. El pueblo tiene sus sindicatos, la comuna popular, su partido y también su gobierno. Y su ejército. Tomemos, por ejemplo, nuestro ejército. El Ejército Popular de Liberación ha nacido del pueblo y sigue identificándose con el pueblo. ¿Ha visitado nuestro ejército? Es una lástima que no lo haya hecho. Hay unidad, hay amor entre el ejército y el pueblo. Antes era todo lo contrario. El ejército era temido, igual que la policía. Eso, que parecía ser su fuerza, constituía en realidad su debilidad.

> **Sobrio:** ***Mao Tsé Tung viste su sobrio uniforme, sin la sombra del cintillo de cualquier condecoración. Del mismo modo visten Chu Tu Nan y otros presentes.***

Sonríe en dirección a su amigo Chu Tu Nan que fue dirigente de un partido democrático en la vieja China.

–Aun gente como nosotros temíamos mucho. Caer preso significaba la muerte. Hace sólo trece años atrás, Pekín era rigurosamente controlada por la reacción. Entonces no podíamos ni asomarnos en esta ciudad. El ejército del Kuomintang no trataba amistosamente a ningún antiimperialista: los aniquilaba implacablemente sin importarle si eran comunistas o no. Era un ejército para defender los intereses del imperialismo, de los "compradores" y de los terratenientes. Eran opresores del pueblo. Después de la liberación todo cambió. No importa qué imperialismo, digamos el mayor, el imperialismo yanqui, solamente puede cometer fechorías en Taiwan, pero nada puede hacer en Pekín, ni en Shanghai o Nankín. Tal como en la época de la dictadura de Batista en Cuba, los capitalistas norteamericanos tenían mucha fuerza en China y ahora no tienen ninguna. Usted debe visitar Cuba. Allí hay experiencias directas para los latinoamericanos. Tengo entrevistas con muchos africanos que no conocen Argelia y les aconsejo que vayan a conocer Argelia.

En lengua poemática china se confrontan siempre las imágenes complementarias u opuestas. Mao Tsé Tung terminaba de referirse al largo tiempo de la lucha revolucionaria en China y al breve período transcurrido para su transformación. La mención del palacio donde nos encontrábamos resulta muy ilustrativa: un palacio de sólo 50 años es casi moderno en Occidente, aquí en China resultaba sumamente anticuado por el peso absorbente de las tradiciones feudales.

Seis años después

Por B. K.

¿Conoce la muralla de Pekín? –me preguntó Mao Tsé Tung con su habitual tono coloquial. Seguramente era un tema que lo preocupaba en esos días, ya que volvió a él varias veces. Seis años después, esa muralla ya no existe. Su demolición ha dejado un hueco de aproximadamente cien metros de ancho. Actualmente se construye allí el Metro de Pekín.

¿Ha visitado nuestro ejército? Al obtener la respuesta negativa, Mao Tsé Tung giró su mirada, ampliando así la consulta a todos los que lo rodeaban. **"Es una lástima que no lo haya hecho."** El dejo de reproche no era impugnable a mí, sino a quienes habían orientado mis pasos. Me preguntó cuándo partía de China; le contesté que al día siguiente. Entonces me dijo que tenía que volver a China para conocer el ejército. En realidad tuve que volver a China en plena Revolución Cultural para visitar una unidad del Ejército Popular de Liberación. ¿Fue casualidad que muy pocos visitantes de China conocieron antes al ejército? ¿Fue casualidad que debieron transcurrir casi dos años de Revolución Cultural para que recién se editara en lenguas extranjeras su *Selección de Escritos Militares*? El pensamiento y la acción del presidente Mao se vinculó siempre a la organización y orientación del ejército que creó personalmente y en quien depositó y sigue depositando su mayor confianza para toda función política e ideológica. Cabe señalar que el librito rojo de *Citas del Presidente Mao* (principal instrumento ideológico de la actual Revolución Cultural) fue creado por el ejército para el adoctrinamiento político de tropas y milicianos. Nada casual pues que, en esta entrevista, el primer elogio que expuso el presidente Mao correspondió al Ejército Popular de Liberación.

La "intelligentzia" del maoísmo en la Argentina

AFP

El sistema que se proponía a sí mismo como ejemplo y recomendaba a los negros americanos llevar adelante la revolución consiguió durante estos años, gracias a las mentiras de la propaganda, fascinar a la crédula intelectualidad rebelde: el país que reprimía el pensamiento deleitaba a los jóvenes universitarios de Columbia y de la Sorbonne. El maoísmo contribuyó en Francia a la formación de la "izquierda proletaria", grupo que no cesó de crecer durante los años sesenta, a pesar de los ataques de un gobierno cada vez más derechista. La "izquierda proletaria" obtuvo además el apoyo de figuras de primer orden, como Sartre, Simone de Beauvoir, Benny Lévy; y fundó un periódico hoy casi legendario, *La causa del pueblo*. También algunos estructuralistas como Roland Barthes se mostraron especialmente simpáticos hacia la "revolución" de Mao, y el maoísmo, junto con la Revolución Cubana y la figura del Che, fue un modelo para los movimientos estudiantiles del Mayo Francés.

También en la Argentina ha tenido el maoísmo sus exponentes. A instancias del novelista Bernardo Kordon, se organizó una Asociación de Amigos del Pueblo Chino, a la que se adhirieron figuras como Juan José Sebreli y el crítico literario Jorge Lafforgue; también dedicaron esfuerzos al maoísmo los narradores Ricardo Piglia y César Aira, así como el actual funcionario menemista Alieto Guadagni. El "viaje a China" fue un hito central en el itinerario de estos intelectuales. Carlos Astrada, ex ultraderechista, profesor universitario de filosofía durante el peronismo y autor luego de conocidos libros de crítica marxista, relató en términos entusiastas la impresión que le produjo el régimen de Mao, e incitó a los jóvenes argentinos a la rebelión:

"Quizá para las juventudes –el poder estudiantil– no ha pasado el momento de romper vidrios y escaparates, como expresión de su justa rebeldía; pero para el líder del movimiento histórico del presente, no ha declinado, en su histórico cenit, la tarea de pulir cristales, como el ya famoso de la "gran marcha" y ahora, el de la Revolución Cultural, cuyas facetas están marcando nítido el meridiano del mundo. La aguja imantada de la brújula señala hoy el verdadero rumbo: Oriente."

En algunos casos, el interés fue pasajero: así ocurrió con Sebreli años después de su "viaje" ("En China el ritual llegaba hasta lo grotesco. En los restaurantes aparecía el chef y explicaba que los platos eran sabrosos porque se habían seguido los consejos del presidente Mao."); en otros el amor por China persistió durante largo tiempo; en todo caso, durante los sesenta se alcanzó el punto más alto de apoyo por la metodología maoísta.

Algunos siguen creyendo en la utopía maoísta, otros, no. Aquí, lo que Juan José Sebreli y Andrés Rivera escribieron en 1968, y lo que Beatriz Sarlo, Jorge Lafforgue y el mismo Rivera piensan ahora.

JUAN JOSE SEBRELI*

Una represión sexual mejor

Oigo hablar frecuentemente castellano en el Hotel de la Paz, sobre las mesas del salón de lectura hay revistas chinas traducidas al castellano y una vez, una camarera china nos sorprendió cantando en castellano el estribillo de una canción cubana. Siento que aquí ser latinoamericano es un timbre de honor, se espera mucho de nosotros, más por supuesto de lo que muchos latinoamericanos esperan. China es, en este aspecto, el reverso de Europa, donde hablar castellano es un estigma: en París, en Londres, en Hamburgo, los trabajadores más bajos, las criadas y los peones son inmigrantes españoles. La dignificación del idioma español, nos está mostrando que aquí en China ha triunfado la rebelión de los más pobres entre los pobres del mundo.

Conocí los barrios bajos más famosos del mundo: las callejuelas de Nápoles, el "Barrio Chino" de Barcelona, el Pigalle de París, el "Barrio Chino" de Valparaíso, el Mangue de Río y pienso que es preciso resignarse a renunciar a ese encanto decadente y a esa belleza turbia cuando implican el estancamiento del país y la miseria y la opresión del pueblo. Es encomiable, por lo tanto, la labor de saneamiento llevada a cabo por los dirigentes chinos. El tema de la represión sexual usado frecuentemente por los críticos del régimen, no puede ser enfocado del mismo modo que se lo hace en Occidente. En China tradicionalmente el sexo fue para el pueblo una forma de esclavitud, tanto en el matrimonio como en la prostitución, sobre todo para la mujer. La represión sexual, llevada a cabo por los dirigentes comunistas, no puede por lo tanto tener el mismo carácter oprimente y frustrante que tiene para los occidentales.

Por eso mientras camino por entre las altas torres de piedra del Bund, frente al río con aguas barrosas como el Río de la Plata, –por donde un día desfiló un ejército de desarrapados surgidos del fondo de los campos, con rostros muy parecidos a los de nuestros cabecitas negras–, no puedo dejar de pensar que alguna vez también en nuestra orgullosa ciudad porteña, las villas miseria se convertirán en museo, y los palacios en grandiosos monumentos funerarios que mostrarán a las futuras generaciones la tumba de sus opresores.

ANDRES RIVERA*

El anuncio de la felicidad

Al obrero-
arroz.
Al campesino-
tierra.
El poder-
a los soviets.
Muerte-
al Kuomitang.

Le gustaba esa canción. Y le gustaba Cantón.

El había nacido en Cantón, cerca del puerto; tenía veinticinco años y una liviana camisa blanca que le ondeaba sobre la piel desnuda del pecho. El invierno estaba aún en el aire, pero él, con su camisa blanca, era feliz. Cualquiera, pensó, puede ser feliz; cualquiera que, habiendo nacido en Cantón, a orillas del río Las Perlas, tuviera veinticinco años.

No, no basta, diría Chou preguntándose por qué estaba vivo, ahí, en esa pieza, él, que alzado sobre los hombros de su gente, sobre los capotes raídos y el humo de los cigarrillos, entre el oleaje de las pálidas bayonetas, había anunciado, en la primera de las tres noches de la Comuna: Vamos a pelear. Sépanlo. Tomar el cielo por asalto: eso es lo que vamos a hacer. **Al obrero, arroz.** Y no más discusiones; es la hora de la batalla. **Al campesino, tierra.** Los que queden vivos sabrán cómo debió ser todo. **Muerte al Kuomitang.** Y lo harán mejor que nosotros. Y combatiremos en la noche, al grito de muerte, las bayonetas hacia adelante, el grito muerte hacia adelante, **el poder a los soviets**, los ojos hacia adelante, los labios secos y rígidos, muerte, la canción perdiéndose en el humo de los incendios, muerte.

No, no basta, diría Chou. Y con calma añadiría: Debemos limpiarnos la sangre, enterrar a los caídos y volver a combatir.

* *Textos publicados en 1968.*

OPINION

Por Beatriz Sarlo

Nos equivocamos

Creímos que era el socialismo sin la burocracia ni el autoritarismo de la Unión Soviética. Nos equivocamos. Fue un movimiento de movilización autoritaria en una sociedad tradicional. Mao hablaba a millones de campesinos y nosotros, jóvenes izquierdistas occidentales, pensábamos que nos estaba dando la clave del socialismo y que planteaba un nuevo tipo de relación entre intelectuales y pueblo; pensábamos que convertía al marxismo en una filosofía para millones. En eso también estábamos equivocados: Mao hablaba no como marxista sino como líder autoritario y populista. Lejos de resolver el conflicto entre intelectuales y pueblo, encabezó una gigantesca represión de disidentes. Quizá lo único que pueda decirse hoy es que, violando todas las garantías y derechos, la Revolución China le dio un poco más de comida a millones de campesinos.

OPINION

Por Jorge Lafforgue

La justicia o la libertad

Nosotros ya no somos los de entonces; tampoco lo es la Revolución China. Aún era joven cuanto visité la República Popular para sus festejos de octubre. Aquellos últimos meses del '65 fueron para mí una de las experiencias de vida más profundas e intensas. Aquel país, desquiciado por la anarquía y la violencia, había sido unificado y ordenado por un gobierno con amplio respaldo de su pueblo, al cual ostensiblemente se había librado de esa miseria espantosa que uno podía ver hasta la náusea en las calles de sus vecinos Pakistán y la India. Convivían entonces los nuevos emergentes culturales con las vivas huellas de una civilización milenaria (yo suscribía el testimonio de Claude Roy, sus preguntas, sus asombros, sus esperanzas).

Pude saludar a Mao y a Chou En-Lai, pude fascinarme con espectáculos únicos y recorrer incansablemente sus territorios sin fin; pero pude también advertir las férreas reglas de convivencia, los durísimos condicionamientos sociales (que no dejaban de plantearme el eterno dilema entre justicia y libertad, las dificultades de su convergencia).

Mao nunca dejó de sorprenderme ante el constante fluir de los ríos; pero a la vez que contemplaba las impetuosas corrientes de agua sabía desafiarlas ("cruzo a nado el Yangtsé infinito", puede leerse en uno de sus bellos poemas).

Hoy yo repito aquellos versos que Mao escribiera en la primavera del '27:

"La grulla amarilla partió y nadie sabe a dónde.
Sólo queda este lugar donde el viajero reposa.
Yo brindo por el torrente que se encrespa.
¡La marea de mi corazón sube igual que sus olas!".

OPINION

Por Andrés Rivera

No me siento decepcionado

Yo creo que la huella de lo que se llamó maoísmo no puede ser borrada fácilmente, como no creo que pueda ser borrado el marxismo ni su continuación concreta, que fue el leninismo. El tiempo marca diferencias, pero creo que el maoísmo no desapareció de China. Habrá adoptado otras formas de organización política, de trabajo, que tienen que ver con los tiempos que corren, y que efectivamente no son propicios para las gestas revolucionarias. Pero, en mi opinión, lo que se llamó maoísmo como corriente política, ideológica, e incluso filosófica, no está muerto. Hace veinte años yo lo veía como una de las corrientes más fuertes del marxismo, en oposición a lo que ellos llamaban revisionismo soviético. Y, al parecer, la historia les ha dado algo de razón, porque la Unión Soviética y los países del Este que adoptaron ese modelo soviético se han derrumbado. En cambio, a China todavía se la sigue llamando República Popular China o China Comunista. Evidentemente, esto es muy significativo. En China se puede seguir hablando de maoísmo, pero no creo que en Europa occidental también se pueda. Fue una fiebre que recorrió el mundo entero y muchos grupos de izquierda se autodenominaban maoístas, aun sin aplicar lo que Mao intentaba realizar en su país. Hoy no me siento decepcionado. El marxismo ha enseñado, con muchísima razón, que las revoluciones no son de una vez y para siempre. Mao dijo que hacer una revolución no es sólo la toma del poder sino que es un trabajo de varias generaciones. Por eso creo que el maoísmo como corriente no ha desaparecido. Yo no tengo datos para decir si el actual gobierno es una continuación del maoísmo o no. Pero nadie los tiene. Ahora no existen corresponsales que se queden a vivir en China los años que se necesitan para conocerla. China es un país gigantesco, y no se pueden hacer afirmaciones definitivas sobre el gobierno y el actual Partido Comunista desde afuera.



La "intelligentzia" del maoísmo en la Argentina

Algunos siguen creyendo en la utopía maoísta, otros, no. Aquí, lo que Juan José Sebreli y Andrés Rivera escribieron en 1968, y lo que Beatriz Sarlo, Jorge Lafforque y el mismo Rivera piensan ahora.

JUAN JOSE SEBRELI*

Una represión sexual mejor

Oigo hablar frecuentemente castellano en el Hotel de la Paz, sobre las mesas del salón de lectura hay revistas chinas traducidas al castellano y una vez, una camarera china nos sorprendió cantando en castellano el estribillo de una canción cubana. Siento que aquí ser latinoamericano es un timbre de honor, se espera mucho de nosotros, más por supuesto de lo que muchos latinoamericanos esperan. China es, en este aspecto, el reverso de Europa, donde hablar castellano es un estigma: en París, en Londres, en Hamburgo, los trabajadores más bajos, las criadas y los peones son inmigrantes españoles. La dignificación del idioma español, nos está mostrando que aquí en China ha triunfado la rebelión de los más pobres entre los pobres del mundo.

Conocí los barrios bajos más famosos del mundo: las callejuelas de Nápoles, el "Barrio Chino" de Barcelona, el Pigalle de París, el "Barrio Chino" de Valparaíso, el Mangue de Río y pienso que es preciso resignarse a renunciar a ese encanto decadente y a esa belleza turbia cuando implican el estancamiento del país y la miseria y la opresión del pueblo. Es encomiable, por lo tanto, la labor de saneamiento llevada a cabo por los dirigentes chinos. El tema de la represión sexual usado frecuentemente por los críticos del régimen, no puede ser enfocado del mismo modo que se lo hace en Occidente. En China tradicionalmente el sexo fue para el pueblo una forma de esclavitud, tanto en el matrimonio como en la prostitución, sobre todo para la mujer. La represión sexual, llevada a cabo por los dirigentes comunistas, no puede por lo tanto tener el mismo carácter oprimente y frustrante que tiene para los occidentales.

Por eso mientras camino por entre las altas torres de piedra del Bund, frente al río con aguas barrosas como el Río de la Plata, –por donde un día desfiló un ejército de desarrapados surgidos del fondo de los campos, con rostros muy parecidos a los de nuestros cabecitas negras–, no puedo dejar de pensar que alguna vez también en nuestra orgullosa ciudad porteña, las villas miseria se convertirán en museo, y los palacios en grandiosos monumentos funerarios que mostrarán a las futuras generaciones la tumba de sus opresores.

ANDRES RIVERA*

El anuncio de la felicidad

Al obrero-
arroz.
Al campesino-
tierra.
El poder-
a los soviets.
Muerte-
al Kuomitang.

Le gustaba esa canción. Y le gustaba Cantón.

El había nacido en Cantón, cerca del puerto; tenía veinticinco años y una liviana camisa blanca que le ondeaba sobre la piel desnuda del pecho. El invierno estaba aún en el aire, pero él, con su camisa blanca, era feliz. Cualquiera, pensó, puede ser feliz; cualquiera que, habiendo nacido en Cantón, a orillas del río Las Perlas, tuviera veinticinco años.

No, no basta, diría Chou preguntándose por qué estaba vivo, ahí, en esa pieza, él, que alzado sobre los hombros de su gente, sobre los capotes raídos y el humo de los cigarrillos, entre el oleaje de las pálidas bayonetas, había anunciado, en la primera de las tres noches de la Comuna: Vamos a pelear. Sépanlo. Tomar el cielo por asalto: eso es lo que vamos a hacer. **Al obrero, arroz**. Y no más discusiones; es la hora de la batalla. **Al campesino, tierra.** Los que queden vivos sabrán cómo debió ser todo. **Muerte al Kuomitang**. Y lo harán mejor que nosotros. Y combatiremos en la noche, al grito de muerte, las bayonetas hacia adelante, el grito muerte hacia adelante, **el poder a los soviets**, los ojos hacia adelante, los labios secos y rígidos, muerte, la canción perdiéndose en el humo de los incendios, muerte.

No, no basta, diría Chou. Y con calma añadiría: Debemos limpiarnos la sangre, enterrar a los caídos y volver a combatir.

* *Textos publicados en 1968.*

OPINION

Por Jorge Lafforgue

La justicia o la libertad

Nosotros ya no somos los de entonces; tampoco lo es la Revolución China. Aún era joven cuanto visité la República Popular para sus festejos de octubre. Aquellos últimos meses del '65 fueron para mí una de las experiencias de vida más profundas e intensas. Aquel país, desquiciado por la anarquía y la violencia, había sido unificado y ordenado por un gobierno con amplio respaldo de su pueblo, al cual ostensiblemente se había librado de esa miseria espantosa que uno podía ver hasta la náusea en las calles de sus vecinos Pakistán y la India. Convivían entonces los nuevos emergentes culturales con las vivas huellas de una civilización milenaria (yo suscribía el testimonio de Claude Roy, sus preguntas, sus asombros, sus esperanzas).

Pude saludar a Mao y a Chou En-Lai, pude fascinarme con espectáculos únicos y recorrer incansablemente sus territorios sin fin; pero pude también advertir las férreas reglas de convivencia, los durísimos condicionamientos sociales (que no dejaban de plantearme el eterno dilema entre justicia y libertad, las dificultades de su convergencia).

Mao nunca dejó de sorprenderse ante el constante fluir de los ríos; pero a la vez que contemplaba las impetuosas corrientes de agua sabía desafiarlas ("cruzo a nado el Yangtsé infinito", puede leerse en uno de sus bellos poemas).

Hoy yo repito aquellos versos que Mao escribiera en la primavera del '27:

"La grulla amarilla partió
y nadie sabe a dónde.
Sólo queda este lugar
donde el viajero reposa.
Yo brindo por el torrente
que se encrespa.
¡La marea de mi corazón
sube igual que sus olas!".

OPINION

Por Andrés Rivera

No me siento decepcionado

Yo creo que la huella de lo que se llamó maoísmo no puede ser borrada fácilmente, como no creo que pueda ser borrado el marxismo ni su continuación concreta, que fue el leninismo. El tiempo marca diferencias, pero creo que el maoísmo no desapareció de China. Habrá adoptado otras formas de organización política, de trabajo, que tienen que ver con los tiempos que corren, y que efectivamente no son propicios para las gestas revolucionarias. Pero, en mi opinión, lo que se llamó maoísmo como corriente política, ideológica, e incluso filosófica, no está muerto. Hace veinte años yo lo veía como una de las corrientes más fuertes del marxismo, en oposición a lo que ellos llamaban revisionismo soviético. Y, al parecer, la historia les ha dado algo de razón, porque la Unión Soviética y los países del Este que adoptaron ese modelo soviético se han derrumbado. En cambio, a China todavía se la sigue llamando República Popular China o China Comunista. Evidentemente, esto es muy significativo. En China se puede seguir hablando de maoísmo, pero no creo que en Europa occidental también se pueda. Fue una fiebre que recorrió el mundo entero y muchos grupos de izquierda se autodenominaban maoístas, aun sin aplicar lo que Mao intentaba realizar en su país. Hoy no me siento decepcionado. El marxismo ha enseñado, con muchísima razón, que las revoluciones no son de una vez y para siempre. Mao dijo que hacer una revolución no es sólo la toma del poder sino que es un trabajo de varias generaciones. Por eso creo que el maoísmo como corriente no ha desaparecido. Yo no tengo datos para decir si el actual gobierno es una continuación del maoísmo o no. Pero nadie los tiene. Ahora no existen corresponsales que se queden a vivir en China los años que se necesitan para conocerla. China es un país gigantesco, y no se pueden hacer afirmaciones definitivas sobre el gobierno y el actual Partido Comunista desde afuera.

Nos equivocamos

n la burocracia ni el
ética. Nos equivocamos. Fue un
ritaria en una sociedad
es de campesinos y nosotros,
, pensábamos que nos estaba
ue planteaba un nuevo tipo de
lo; pensábamos que convertía al
illones. En eso también
laba no como marxista sino como
s de resolver el conflicto entre
na gigantesca represión de
eda decirse hoy es que, violando
Revolución China le dio un poco
pesinos.



Más de 2600 manifestantes mueren en la noche del 2 al 3 de junio, cuando el ejército reprime en Tiananmen (arriba).

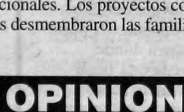
Abajo, un "enemigo del pueblo" es ejecutado en el "Gran Salto Adelante", cuyas consecuencias fueron catastróficas.

(Viene de tapa)

Purgas atléticas

Al cabo de numerosas purgas y de interminables intrigas, Mao estableció su hegemonía. El punto más alto de este proceso tuvo lugar en julio de 1965, cuando en un acto pretendidamente heroico, Mao entró en Pekín luego de haber cruzado a nado el Yang Tsé. El atleta movilizó a la milicia y a las masas para aterrorizar al Comité Central. Los mensajes del maoísmo se dirigían principalmente a la juventud, a la que alienta para enfrentarse con los antiguos dirigentes. Y eran jóvenes los que en agosto de 1966 se lanzaron sobre Pekín para "reencontrarse con el presidente Mao": la asistencia alcanza los 13 millones. Poco después esos mismos jóvenes de menos de treinta años ocuparon la dirección de las fábricas, mientras los antiguos jefes eran destinados a los baños públicos.

En 1967, el ala izquierda maoísta atacó a los dirigentes provinciales del ejército, acusados de "detener la revolución cultural". Los guardias rojas, exaltados, ocuparon el Ministerio de Relaciones Exteriores; la calle que conduce a la embajada soviética fue rebautizada como "Avenida del Antirrevisionismo"; el edificio del encargado de negocios británico es incendiado el 20 de agosto. En medio de la anarquía, son nuevamente los intelectuales los que crean complicaciones en el régimen. El 29 de julio de 1968, la Universidad de Pekín es ocupada. Como consecuencia, se establecen campos de reeducación, donde intelectuales y artistas son obligados a pagar los desórdenes, acusados de burgueses y explotadores; después de años de trabajos forzados, los estudiantes tenían la oportunidad de convertirse en auténticos maoístas. La tortura se había convertido en moneda corriente; los políticos opositores eran asesinados; se acostumbraba destrozar los dedos de famosos pianistas "burgueses"; las jóvenes universitarias opositoras al régimen eran violadas por los jóvenes guardias rojas.



El efecto más extendido y duradero de la Revolución Cultural fue la desintegración de las instituciones tradicionales. Los proyectos colectivistas desmembraron las familias; la prole era separada de sus padres y sometida a planes de educación en la doctrina partidaria. Todo conducía hacia la destrucción del pensamiento y la apología de la mentira: ¿por qué sorprenderse, entonces, de que millones de chinos hayan podido creer en la noticia, difundida por el Partido Comunista, según la cual Mao había atravesado el Yang Tsé con la velocidad del record mundial de natación? No era imposible en un sistema que funcionaba gracias al terror y que impedía el disenso, y en el que bastaba con insultar a un gato para ser asesinado (en chino, "Mao" significa "gato"). A fines de la década de 1960, y a pesar de la bomba atómica que supo conseguir en 1964, el sistema se encontraba en crisis por los manejos desastrosos de la política internacional, que arrojaban al país a un aislamiento creciente. Esto se acentuó en 1969, cuando Leonid Brezhnev, luego de avanzar el año anterior sobre Checoslovaquia, avanzó sobre Manchuria y desarticuló las tropas del general chino Lin Biao.

Westpolitik

A comienzos de los setenta, China comienza a buscar un apoyo de ese imperialismo contra el cual se había rebelado. Prueba de ello es la misión secreta a Pekín del secretario de Estado de Nixon, Henry Kissinger, hacia 1971. Mientras tanto, la situación económica se estabilizó, en la miseria: el estándar de vida de la población (por mucho que dijera la propaganda del gobierno) se mantenía a niveles muy bajos, aun cuando los índices de mortalidad se hubieran reducido desde los tiempos del "Gran Salto"; la Revolución Cultural ha costado sólo 3 millones de muertos.

El gran cambio llegó con la muerte del Gran Timonel en 1976. Una desmaoización al principio furiosa, con juicios y castigos a la viuda de Mao y la Banda de los Cuatro, sus aliados de una izquierda radical, fue seguida por una deriva lenta y por momentos sinuosa, pero segura, en la que el Estado cedió un lugar cada vez mayor al mercado. Después de las luchas dinásticas de sucesión, al asumir Deng Xiaoping en 1978 se inició la era de una reforma que probaría ser irreversible. El comunismo ya no sería nunca lo que fue.

De algún modo semejante a la de Chile, que a partir de 1973 viviría 17 años bajo la dictadura de Pinochet, la experiencia china unió la represión política y la liberalización económica. En 1989, el mismo año de la transición democrática chilena, de la caída del Muro de Berlín, y del Premio Nobel de la Paz al Dalai Lama (líder del Tíbet, la región mayoritariamente budista en el Himalaya ocupada por China), más de un millón de personas participan en protestas prodemocráticas. Las manifestaciones y las masacres opacan el abrazo entre Deng y Mijail Gorbachov, que sellaba el reinicio de las relaciones chino-soviéticas. El ejército interviene con tanques contra los congregados en la plaza de Tiananmen; más de 2600 manifestantes mueren en la noche del 2 al 3 de junio. Siguen arrestos, ejecuciones y las clásicas invitaciones a la delación. Diez años más tarde, en marzo de 1999, después de integrar en 1997 a la ex colonia británica de Hong Kong como región autónoma, China reformó su Constitución. Y la empresa privada se convirtió así, bajo el premier Zhu Rongji, acusado de criptoliberal, en "pieza fundamental de la economía de mercado socialista".

Puede decirse que el comunismo que llegó al poder en 1949 y cuyo cincuentenario se celebra hoy alcanzó su clímax en el frenesí de la Revolución Cultural. Después de entonces, y a pesar de espasmos que todavía continúan, el comunismo inició su retirada, o bien su metamorfosis en la nación que busca, y conseguirá, el ingreso en la Organización Mundial de Comercio. Una transformación menos estructuralmente violenta –si nos restringimos, una vez más, a las ciudades– que la de la ex URSS. Hoy los rusos que miran por encima de la frontera con Manchuria envidian al país que derrotaron militarmente en los 60.

OPINION

Por Ugo Pipitone

Paradojas de una modernización

Hoy se cumple medio siglo de la proclamación de la República Popular China. Y pocas tareas son más complejas desde el punto de vista histórico (y espinosas desde una perspectiva moral) que la de intentar un balance. Podríamos disolver esos 50 años en una historia milenaria, en la que toda pretensión de eternidad siempre terminó por disgregarse bajo catástrofes imprevistas: invasiones externas, crisis dinásticas, y devastadoras sublevaciones sociales. Pero, sería una forma de eludir un problema incómodo. Y la cuestión consiste, precisamente, en la engorrosa convivencia de progreso económico y despotismo político.

La conciencia del observador podría descansar si el despotismo produjera siempre desastres económicos y el pluralismo ocasionara siempre progreso y bienestar. Por desgracia, no es así. O, por lo menos, no lo es en ese caso. La incomodidad intelectual puede ser superada en una clave de *realpolitik*, sosteniendo que el avance en las condiciones de vida de los 550 millones de chinos no habría sido posible con democracia y pluralismo. En efecto, había dos obstáculos. Uno: China no tenía en su historia antecedente democrático alguno. Dos: frente al tamaño de los problemas heredados, el pluralismo político habría alimentado más el caos político que el desarrollo económico. Moraleja: la brutalidad y la violencia institucionales fueron costos históricos ineludibles.

En el otro extremo, y para liberarnos en otra forma de la incomodidad mencionada, podríamos acudir a una clave ideológica: el comunismo fue el gran error del siglo XX. En el caso de China, las cosas comenzaron a marchar por el camino correcto sólo a partir de 1978, cuando Deng Xiao Ping toma las riendas del país, introduciendo elementos de liberalización económica interna y de apertura externa.

En el primer caso, la represión y las violencias del comunismo son justificadas en nombre de la *necesidad histórica*. En el segundo, el comunismo aparece como una monstruosa equivocación. De una parte, un stalinismo que achaca a las limitaciones de las condiciones objetivas la brutalidad del partero que anuncia una historia nueva. De la otra, el ideólogo liberal para quien la historia es sólo un accidente en la marcha universal de la libertad y el mercado. Y encontrar una clave intermedia entre estas verdades canónicas sigue siendo una tarea endiabladamente compleja.

Sin embargo, en medio de esa convivencia de verdades excluyentes que es China, tal vez algo puede decirse con alguna confianza en su contenido de verdad. Intentemos un inventario. Primero: gracias al Partido Comunista Chino, el país encontró la fuerza y la voluntad para superar las impotencias de una república, nacida en 1911, corroída entre señores de la guerra locales y el expansionismo japonés. Segundo: a un costo humano que está lejos de haber sido evaluado, entre 1949 y 1976, el año de la muerte de Mao, el país creció a una tasa media anual de 5 por ciento. Tercero: la Revolución Cultural fue un fracaso porque asumió sobre sus espaldas una tarea histórica de dimensiones universales: co-juntar igualitarismo y libertad. Y el fanatismo ideológico será el síntoma de la conciencia reprimida de la enormidad de la empresa autoasignada. Cuarto: en las últimas dos décadas, la economía registra una tasa media anual de crecimiento de 10 por ciento. Un éxito económico anunciador de tensiones políticas futuras.

Sin querer justificar nada, el hecho sustantivo es que el autoritarismo político ha sido simultáneo con un crecimiento económico que ha beneficiado la gran mayoría de la población. Y si el país no entrara en un ciclo político de inestabilidad interna, es probable que, en el curso de la siguiente generación, su economía llegue a ser la más grande del mundo. Las consecuencias económicas, políticas y culturales de ese hecho histórico están, obviamente, más allá de toda posible evaluación desde el presente. En la historia del mundo moderno, los países a la vanguardia del desarrollo económico tuvieron en sus cimientos culturales a Maquiavelo y Montesquieu (para razonar con machete en mano). ¿Qué ocurrirá cuando las principales fuerzas económicas del mundo (China y el resto de Asia oriental) tengan en sus bases culturales a Confucio, o sea, las ideas de responsabilidad colectiva y de respeto incondicional a la autoridad?